

Capítulo 47 - - Vano Desorden - Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Publicación 3 de julio]

Sebastián

Mes 12, Día 9, miércoles, 3:45 p.m.

Al salir del aula de Conjuros Prácticos, Anastasia y Westbay se colocaron a su lado, uno a cada lado.

“¡Eso fue increíble!” exclamó Westbay, con sus ojos grises brillando e iluminados. “No puedo creer que el Profesor Lacer no sea ya un Archimago. ¿Viste esa tortuga? Transformó barro en carne.”

“Muy impresionante,” asintió Ana. “¿Crees que hizo alguna referencia al encargo que le hizo el dragón a Myrddin?”

“¿Qué?”

“Pues, como dijiste, aún no es un Archimago. Esa aula alberga a varios miembros relacionados con el consejo de Gran Maestros que tendrían que confirmar su título. Quizás espera influir discretamente en la decisión del consejo uniéndose en la percepción familiar con Myrddin, de modo que, en algún momento, no puedan negarle sin parecer mezquinos e insensatos ante las masas.”

“Bueno... supongo que eso podría ser,” dijo Westbay con duda. “Pero, ¿crees que realmente le importa el título?”

“¿Quién sabe? Los títulos pueden conferir poder. Libertad,” dijo Ana, mientras sus dedos jugaban distraídamente con la encuadernación del diario rosa ornamentado que llevaba siempre encima y en el que escribía cada noche.

“Lo que quiero saber es si esa tortuga era comestible,” afirmó Westbay, volviéndose hacia Sebastián. “Si estuviera atrapado en una celda de mazmorras, rodeado solo de piedras en la pared y algunas eggs de tortuga, ¿podría crear una criatura comestible? No un ser vivo, sino carne que aportara calorías y nutrición?”

Sebastián levantó las cejas al cruzar el umbral del Gran Salón. “Dudo que puedas. O que podáis hacerlo cualquiera de nosotros. En lugar de carne, quizás sea posible transformar piedra en un azúcar simple, que podría mantenerte vivo, si no saludable. Además, si estás atrapado en una celda y de alguna forma tienes suficiente poder para transformar piedra en una tortuga muerta y comestible, creo que hay usos mejores para ese esfuerzo. Como escapar.”

Westbay parpadeó varias veces antes de lanzar una respuesta, pero la atención de Sebastián se dirigió hacia el otro extremo del Gran Salón, donde Newton bajaba del escenario donde se exhibían los premios por contribución. El joven adulto parecía cansado, pero no mucho peor que unos días atrás. “¿Está buscando algo para ayudar a su padre? O quizás algo que pueda vender por oro?”

Ese pensamiento le recordó su propia situación. Todo en esta ciudad cuesta demasiado, y ya casi no le quedaban monedas. Después de reservar lo necesario para pagar a Oliver y a la sanadora Nidson, otra vez estaba en la pobreza. A excepción del oro de emergencia oculto en el forro de su chaqueta y botas, solo le quedaban menos de ocho coronas de oro. En algún momento, eso habría sido una fortuna. Ahora, sabía lo poco que podía comprar con eso.

Ya había acumulado algunos puntos de contribución, por su buen rendimiento en las clases y exámenes. “Quizás haya algo que pueda pagar,” anunció, interrumpiendo lo que Westbay decía y alejándose de inmediato.

Westbay masculló, “¿Estabas siquiera escuchando?” mientras corría para alcanzarla.

“No, para nada,” admitió Sebastián. Era la verdad, pero solo porque no había estado escuchando activamente no significaba que no hubiera oído. “Dijiste que, en esa situación hipotética, tal vez la celda de la mazmorra tuviera alguna especie de protección que impidiera que escaparas, y nadie venía a alimentarte porque temían que los atacaras, esperando matarte mediante simple inanición, y ¿no se sorprenderían al comprobar un mes después que la celda estaba llena de cadáveres de tortugas, y que habías fabricado armaduras y armas de caparazón de tortuga, preparado y en espera?”

“Um.”

Ella negó con exasperación. “Honestamente, Westbay. Eres como un niño.”

“¿Dije que no estabas prestando atención?”

“Yo no estaba.”

Ana soltó una risa larga y profunda. “¡Oh, Damien! ¡Tienes la expresión más divertidamente indignada!”

Westbay se había quedado rezagado por su confusión, y corrió unos pasos para alcanzarla mientras Sebastien subía al escenario. “¿No estabas prestando atención, pero aún así recordaste la información? ¿Y qué pasa cuando nos conocimos por primera vez? Olvidaste mi nombre. De hecho, lo escuchaste varias veces, pero aún no lo recuerdas.”

La mayoría de los premios estaban en vitrinas o estaban protegidos contra el robo de alguna forma. Sebastien pasaba las cartas resumidas debajo de una fila de varitas mientras hablaba. “Es como si mi mente fuera un vasto océano. Puede contener mucho, pero toda la información inútil se hunde en el fondo. Muy difícil encontrar algo allí en la oscuridad, amontonado junto con toda la basura.”

“¿Información inútil?” La voz de Westbay se volvió decididamente afilada.

Ella puso los ojos en blanco. “No seas tan dramático. Ahora recuerdo tu nombre, ¿no?”

Él empezó a murmurar algo acerca de “el hombre más narcisista, testarudo y grosero... que piensas que eres la segunda venida de Myrddin... oh, no, no te molestes en recordar información inútil como mi nombre,” pero ella lo ignoró de nuevo, siguiendo ojeando más cosas.

Sabía que en realidad él no estaba molesto. Sus ojos seguían siendo de un gris claro y no había empezado a menearse nerviosamente con su cabello ni con su ropa. ‘Si lo irrito lo suficiente, me pregunto si podría conseguir que use ese favor que le debo, solo para aplacar la afilada punta de mi lengua.’

Por desgracia, ella era la que se sentía irritada por su repentino interés en acercarse a ella. No confiaba en esa amistad repentina. Pero parecía estar decidido y, además, no se detenía ante su descaro.

Ana, consciente en silencio de la frustración de Sebastien, le regaló una sonrisa torcida cuando Westbay no la miraba.

En la cima del escenario había ingredientes para pociones, componentes para hechizos de diferentes niveles de rareza, e incluso materiales como polvo de piedras preciosas y metales preciosos que podían usarse como componentes o para crear un patrón de hechizos más conductivo. Los profesores, o tal vez ayudantes estudiantiles de nivel superior, probablemente los habían transmutado de algo mucho más barato. Por supuesto, ninguno de los objetos ofrecidos era ilegalmente restringido, pero algunos quizás eran difíciles de conseguir en el mercado de la ciudad, independientemente del dinero que poseyeran.

Luego, objetos mágicos creados por los profesores. Una multitud de artefactos, ropas encantadas y extrañas pociones alquímicas. Los artefactos iban desde los útiles—como una cerradura mejor para los cofres de almacenamiento en los dormitorios—hasta los más fantasiosos y extraños—una almohada que cantaba nanas desde su boca de tela.

Incluso había un par de pequeños Conductos en una de las vitrinas de vidrio. Sebastien los observó con interés, pero estaban muy por encima de lo que ella podía permitirse, incluso el más pequeño costaba más de mil doscientos puntos de contribución.

Ana parecía particularmente interesada en las ropas encantadas, observando con una lupa los glifos bordados en la tela que sacó de un bolsillo. “Es una solución muy elegante. Tendré que hablar con mi padre sobre esto,” murmuró.

Westbay se concentró en los suministros de adivinación, mirando un baraja artística de cartas y un cuenco inscripto con runas para visión remota. “¡Esto es lo que usaba Aberford Thorndyke para atrapar al ladrón de gallinas que aterrorizaba esa aldea rural!” exclamó, sonriéndole, con la anterior ira olvidada. Westbay tomaba siete clases ese semestre, la última era Adivinación.

Sebastián frunció el ceño al recordar sus propias dificultades con aquel campo de magia. Ojalá pudiera transferir esa tarea a alguien como él. Suspiró profundamente ante esa idea. "Incluso si pudiera encontrar a alguien que lo hiciera, no podría permitirme contratarlo."

Un gran libro en un pedestal listaba las otras cosas que podía comprar, detallando exactamente lo que adquiriría. Además de mejorar la comida en la cafetería, también podía acceder a diferentes secciones superiores de la biblioteca, recibir clases particulares con ayudantes estudiantiles de la Universidad de distintos niveles y áreas de especialización, y una lista de las habitaciones de las residencias disponibles—cada vez más lujosas. Si pudiera permitírselo, viviría en una suite en el ático con cocina y baño integrados, todo en mármol pálido y granito oscuro, y comería langosta morada tres veces por semana.

Si tuviera quinientos puntos, podría intercambiarlos por matrícula en una sola clase de la Universidad. Una rápida estimación de Sebastián le indicó que, si esa tasa de cambio se mantenía estable, cada punto valdría aproximadamente una corona de plata, lo cual era en realidad una cantidad considerable.

Sebastián podía permitirse algunos de los componentes y productos de alquimia menos interesantes, pero nada que ella necesitara particularmente, ni algo que pudiera revender por un buen precio.

Pero la posibilidad le recordó que tenía algunas cosas que no necesitaba en realidad.

En lugar de acompañar a Anastasia y Westbay a la biblioteca, dejó en su casillero del dormitorio sus nuevos componentes de práctica de Encantamiento Práctico y se dirigió a la casa de Oliver.

No estaba en casa, pero los sirvientes la recibieron alegremente, y Sharon la obligó a sentarse a tomar una merienda que en realidad era más como una cena completa, sonriendo y sonrojándose tras sus manos cada vez que Sebastián mostraba su aprecio por la comida que no era de la Universidad.

Cuando Sebastián estuvo tan llena que casi le dolía caminar, se dirigió a la habitación que Oliver le prestaba y tomó las bolsas que había traído aquella primera noche, sacándolas de uno de los armarios.

Las cosas de Ennis. Las bolsas que había recuperado para él del cuarto del posada, cuando todavía pensaba que él era un verdadero padre para ella.

Sacó un conjunto de ropa. Eran un poco cortas y anchas para Sebastián, pero podía hacer unos ajustes para que le quedaran mejor. No era muy diestro con la aguja y el hilo, pero eso no importaba. Era lógico llevar un conjunto sencillo de ropa masculina, que no llamara tanto la atención como las prendas del armario de Sebastián Siverling. Quizá algún día necesitaría

presentarse como un hombre rubio más mundano.

Con las maletas de Ennis colgadas en sus hombros, empezó a caminar. Vigiló a su alrededor buscando a alguien que la observara o siguiera, pero no vio ojos que fueran más que curiosos. Sebastián vestía como Oliver—como si pudiera alimentar a una familia de cuatro con el precio de su impecable traje de lana suave y gruesa, y su chaqueta elegante sobre él. Parecía realmente abrigada. “Y yo transporto tres bolsas llenas de las posesiones de un estafador nómada”, pensó. “Probablemente se estén preguntando dónde está mi sirviente personal.”

Le dolían los hombros cuando llegó al Verdant Stag, pero no quería gastar moneda en algo innecesario, como la comodidad de un carruaje.

Solo había ido al posada y sala de entretenimiento unas pocas veces como Sebastián. Había un par de músicos en el escenario, y la gente iba llegando a medida que caía el sol y terminaban su jornada, llenando los asientos y pidiendo comida y cerveza en la barra. Algunos apostaban con un corredor de apuestas frente a una pizarra grande. Reconoció a uno de los guardias del Stag apoyado contra la pared, cerca de un pasillo.

Sebastien los pasó a todos por alto.

Theo se encontraba en la cima de la escalinata curva al extremo opuesto de la habitación, sentado con un libro y lo que parecía un ensayo a medio escribir. El muchacho inclinó su cabeza de cabello cobrizo hacia atrás hasta que chocó contra la pared detrás de él, con los ojos cerrados y la boca abierta en una expresión sin alma de aburrimiento.

Una carcajada surgió de la garganta de Sebastien sin advertencia, y Theo se sobresaltó.

“¡Hechicera!” gritó con entusiasmo. Sus ojos se abrieron de par en par y miró a su alrededor, cubriéndose la boca con la mano, pero había demasiado ruido en la habitación de abajo para que alguien hubiera podido oírlo. Quitándose las manos, la observó con curiosidad. “Ya no pareces desamparada.”

Ella le sonrió. “¿Tienes problemas con la tarea?”

“¡Ugh!” volvió a rodar la cabeza de manera dramática. “Es una tarea del señor Mawson, mi tutor. Tengo que escribir un ensayo sobre los E Desiertos Negros, pero es muy aburrido. Ni siquiera sé de qué hablar. Son negros. La brillig los causó hace miles de años cuando estábamos en guerra con ellos, cuando sabían que íbamos a ganar y no querían que tuviéramos nada bueno si no era para ellos. Y allí mueren cosas. ¿Cómo se supone que diga más que eso? Ni siquiera he estado allí. Nunca he estado a más de un día a pie de Gilbratha.”

Sebastien negó con la cabeza. “Vaya. Bueno, si te parecen aburridos los E Desiertos Negros, debo decir que tu tutor quizás sea un poco incompetente. ¿Dejó fuera las partes interesantes y quería que copiaras un ensayo de un libro?”

Los ojos de Theo se abrieron y luego se estrecharon. “¿A qué te refieres con partes interesantes?”

“Pues, como las historias de los aventureros que exploraron los E Desiertos Negros para descubrir los cadáveres de los dragones. Los pocos que lograron salir con vida contaron relatos locos —y digo verdaderamente insanos— sobre las cosas que vieron.”

“¿Cadáveres de dragones? ¿Qué tipo de cosas vieron?”

“Bueno, ¿cuánto debe tener tu ensayo?”

“Dos páginas.”

Ella agitó la mano despreocupadamente. “Eso no es nada. Toma notas. Yo te daré la información sobre el material de referencia que puedas usar para justificarlo, en caso de que tu tutor tenga problemas. Esto proviene del tercer volumen de ‘Historia de la raza indomable’ de Edward Leeson, que en realidad tiene un título bastante irónico, porque...”

Contó historias, repitiendo secciones particularmente interesantes, respondiendo preguntas y ayudándole a deletrear ciertos nombres mientras Theo escribía lo más rápido que podía para seguir el ritmo de la información. Casi una hora después, tenía tres páginas de notas y la mano entumecida. “Bueno. Creo que ya tengo suficiente material,” dijo finalmente.

Él suspiró aliviado, estirando los dedos, aunque aún hacía una mueca de disgusto. “¿Y qué hay del otro caballero que fue con Briarson?”

Ella se levantó y empezó a caminar por el pasillo hacia la oficina de Katerin, y Theo recogió sus cosas y se apresuró a acompañarla. “Briarson dijo que su compañero fue a revisar el perímetro alrededor de su campamento, pero no volvió hasta el amanecer, y cuando lo hizo, brillaba y lanzaba chispas de luz verde, ‘como un diente de león en el viento’.” Usó sus dedos para indicar la cita, luego tocó la puerta de la oficina de Katerin. “Entonces, Briarson le disparó con una flecha. Bueno, seis flechas. Briarson dijo que su compañero seguía levantándose, así que él tuvo que seguir disparando. Nadie sabe si eso realmente pasó o si Briarson ya había enloquecido para entonces.”

Cuando Katerin les llamó a entrar, Theo saltó al interior de la habitación. “¿Qué ocurrió entonces? ¿Se escapó Briarson?”

Sebastien negó con la cabeza. “No, nunca lo hizo. Sabemos todo esto porque una expedición posterior encontró su diario. Era mágico, diseñado para protegerse de los elementos. Esa expedición confirmó que el cuerpo de Briarson yacía allí mismo en el campamento, muerto por causas desconocidas. Además, hallaron las flechas que había disparado, rotas y en estado de putrefacción, al otro lado del campamento. Pero no encontraron el cuerpo de su compañero.”

Los ojos de Theo se abrieron desmesuradamente. “¿Podría haberse... levantado de nuevo? ¿Como decía Briarson?”

Katerin alzó una ceja.

Sebastien encogió los hombros, reprimiendo una sonrisa. “Nadie sabe. Quizá fue una ilusión, o tal vez fue real, pero no era amigo de Briarson en absoluto. Quizá el amigo de Briarson nunca volvió tras revisar el perímetro.”

Theo tembló, disfrutando del horror. “¡Que los dioses me amparen! No puedo esperar para fregarle esto en la cara al señor Mawson. Él nunca mencionó nada de estas cosas. Quiero decir, las buenas, no las muertes ni la pérdida de tierras y los esfuerzos de recuperación aburridos.”

“Lenguaje, Theo,” reprendió Katerin con pereza, su acento grave y mordaz. “Y quizás nunca dijo nada de eso porque pensaba que no era apropiado contar historias de terror a un joven muchacho.”

Sebastien hizo una mueca.

“¡No son historias de terror! ¡Son reales! El mago—quiero decir, él”—Theo giró la cabeza hacia Sebastien mientras se acercaba a la esquina de Katerin—“me proporcionó todo tipo de referencias. Todo esto proviene de libros verdaderos que leyó. Es para mi ensayo sobre los Llanos Negros, que en realidad son súper geniales y no aburridos en absoluto.” Agitó las hojas de notas garabateadas frente a ella.

Katerin suspiró, aunque le despeinó el cabello con una sonrisa. “Muy bien. Historias de terror reales, entonces. Asegúrate de agradecerle a Sebastien y que ese ensayo sea lo suficientemente bueno como para que pueda presumirle a Mawson cuando venga a quejarse.” Le guiñó un ojo. “Ahora ve a tu habitación y termina tus tareas.”

Sonriendo con una alegría infantil y desbordante, como solo un niño podía, salió corriendo. “¡Gracias, señor Sebastien!” gritó levantando la mano desde la puerta.

“Eh, disculpa si—” comenzó Sebastien, pero Katerin la interrumpió con un gesto de mano.

“No, no, está bien. De hecho, excelente.” Se levantó, caminando hacia la ventana y cerrando las cortinas contra la noche. “Oliver sugirió un sistema de recompensas para que Theo se concentrara más en sus estudios, y ha dado resultados en cierta medida, pero Theo solo se ha estado apurando para llegar al premio final. Ayer lo escuché dándose un discurso motivador en el baño.” La mujer se rió con cariño. “Es agradable verlo realmente entusiasmado por aprender, por una vez.”

El cabello rojizo de Katerin y sus dientes blancos, especialmente después de que oscureció, seguían haciendo pensar a Sebastien en un vampiro. O quizás era algo en la forma en que los músculos alrededor de sus ojos y boca estaban tensos, probablemente por el esfuerzo y el cansancio, pero también parecía que tenían algo que ver con el hambre. Sus ojos inspeccionaron las bolsas de cuero y lona que Sebastien había dejado caer en el suelo. “¿Qué me has traído?”

“La pertenencias de Ennis Naught,” respondió Sebastien en voz baja. “Quería pedirte consejo sobre la mejor forma de venderlas.”

Katerin levantó una ceja, pero contestó con tacto. “Que no haya nada que pueda relacionarlo contigo a través de él, espero.”

“Por supuesto que no. Ropa de buena calidad, una chaqueta impermeable y cálida, y algunos objetos de lujo que reunió para aparentar ser más culto o adinerado de lo que en realidad era.” Ennis había acumulado muchas cosas para alguien con un estilo de vida tan nómada. Sebastien solo había llevado las bolsas que podía cargar, lo que significaba que en su mayoría contenían su ropa, y el resto lo había dejado en la posada para las autoridades. “Debería valer al menos unos cuantos oros, incluso si están usados.”

“Hay una tienda a medio kilómetro al norte de aquí. Ellos pagarán por cosas como esas, principalmente de personas que han fallecido o de plebeyos que son de clase alta suficiente como para vestir solo ropa nueva, pero no tan derrochadores como para desechar sus prendas desgastadas del año pasado. Diles que te envié yo, y no aceptes la primera oferta que te hagan.” Katerin garabateó su nombre y dirección en un trozo de papel y se lo entregó a Sebastien.

“Gracias,” dijo Sebastien. Ella se giró hacia la puerta, luego vaciló. “¿Hay alguna novedad?”

Katerin la observó pensativa, luego sacó una pipa del cajón de su escritorio y empezó a llenarla con un polvo azul oscuro que Sebastien reconoció como hojas de éter de secado. El humo era suave y relajante, perfecto para hacer anillos de humo, pero no adictivo. O estaba mezclado con otra sustancia, o el hábito de fumar de Katerin era puramente recreativo. “Él sigue en la cárcel. Trajeron a un rompedor de maleficios y a un chamán para que lo viese, sin éxito. Sigue contando la misma historia.”

Sebastien frunció el ceño. “¿Quieres decir... la verdad?” Un chamán podría ayudarlo a aclarar sus sueños o recuerdos para dar un mejor testimonio, pero, ¿por qué un rompedor de maleficios?

Katerin colocó la pipa sobre un posavasos de vidrio redondo con un símbolo mágico moldeado en su superficie. Hizo una pausa para concentrarse, frunciendo el ceño hasta que surgió una chispa en la boquilla de la pipa, con un resplandor anaranjado en el fondo de las hojas secas. “Bueno, sí. Pero no estoy segura de que crean en la verdad, con la notoriedad repentina de la Reina Cuervo. Nuestro contacto dice que la mayoría piensa que él es solo un peón en el plan de la Reina Cuervo y no sabe nada útil. Pero los policías no están dispuestos a abandonar a Ennis todavía. Esperan que él pueda guiarlos hacia ella involuntariamente.” Ella levantó la vista, chupando en la boca de la pipa y luego inclinando la cabeza hacia atrás para soltar un espeso aro de humo azul claro. “Después de todo, ella ya se ha puesto en contacto con él dos veces.”

“Ah.” Sebastien pasó la lengua por la parte trasera de sus dientes. “Pero ellos no lo están torturando, ni amenazando con la ejecución, ¿verdad?”

¿Seguro que quieres deshacerte de esas bolsas? La mirada de Katerin era penetrante, pero su expresión no mostraba curiosidad real.

“Sí.” Sebastien apretó más las correas de las mochilas.

Solo que alguien que realmente no se preocupa no le estaría haciendo estas preguntas, ¿verdad?

Sebastien se movió, tensando los hombros. “Bueno, si me descubro sintiendo preocupación o culpa, solo tengo que recordar que, si Ennis Naught logra escapar de la cárcel, solo él será

responsable de haber entregado mi anillo de herencia de nacimiento—una reliquia de Maestría—a la Familia Gervin, que habría sido suficiente para comprarle ropa nueva y sustentarlo. Incluso después de que su ingrata hija vendió todas sus cosas.” Su voz se desvaneció en un gruñido bajo.

Katerin simplemente la miró en silencio.

Sebastien enderezó los hombros, levantó la barbilla y salió en dirección a la tienda que Katerin le había indicado.

Ella ganó cinco monedas de oro con la compra.

Revisión #1

Creado 6 julio 2026 00:46:04 por Edward Elric

Actualizado 6 julio 2026 00:46:13 por Edward Elric